

-Autores:

Hernán Maltz - Universidad de Buenos Aires, CONICET, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” - correo electrónico: hermaltz@gmail.com

Tatiana Maltz - Universidad de Buenos Aires - correo electrónico: tatimaltz@hotmail.com

-Título del trabajo:

Alpax y otras pastillas. Automedicación recursiva en la narrativa de Martín Rejtman

-Resumen (hasta 200 palabras):

Por lo general, la obra literaria y fílmica de Martín Rejtmanes concebida por la crítica como quiebre frente a producciones anteriores y como exponente de nuevas formas de realismo y de representación de la experiencia (fundamentalmente, el film *Rapado* como precursor del Nuevo Cine Argentino). Sin desentendernos de dichos debates, en este trabajo seleccionamos un aspecto puntual que recorre la producción literaria y fílmica de Rejtman, presente en momentos precisos: nos referimos a la automedicación de distintos personajes de sus ficciones. Esta focalización nos permite trazar una lectura que construya un objeto de análisis literario junto a otros autores y sus análogas representaciones de fármacos, como el *Apagámex* de Marcelo Cohen o la *proxidina* de César Aira, al tiempo que habilita una perspectiva de crítica literaria en sintonía con conceptos provenientes del campo de la sociología de la salud.

Introducción

Un repaso por la literatura argentina centrado en un motivo específico, el consumo de pastillas, nos permite trazar una división entre ficciones de las décadas del sesenta o del ochenta, en las que la ingesta se vincula con ciclos de muerte –como los casos de *Los suicidas* de Antonio Di Benedetto o *Glosa* de Juan José Saer–, y ficciones que, desde la década del noventa, marcan un cambio, con consumos de pastillas y medicamentos ligados a ciclos vitales: algunas novelas de César Aira, como *Los misterios de Rosario*, *El congreso de literatura* o *La villa*, en las que se destaca el consumo de la fictiva *proxidina*; *Balada y Gongue*, de Marcelo Cohen, donde encontramos el uso compulsivo del también fictivo *apagámex*; o diversos cuentos y películas de Martín Rejtman, en los que directamente nos topamos con nombres de medicamentos reales: Lexotanil, Alplax, Valium, Meleril, Rivotril, Buscapina. En efecto, consideramos que una lectura posible de la literatura argentina de los últimos años podría realizarse desde estos tres escritores y sus literaturas farmacológicas: la *proxidina* de Aira, el *apagámex* de Cohen y el Alplax –y los ansiolíticos en general– de Rejtman. En sus textos, la ingesta de píldoras se circunscribe no a un itinerario hacia la muerte –como la pastilla que consume Leto en *Glosa*–, sino a trayectorias y ciclos vitales. Esta proliferación de pastillas en torno a la vida adquiere múltiples formas: muchas veces ligadas al ocio –como en *Entre hombres* de Germán Maggiori o *Electrónica* de Enzo Maqueira–, pero asimismo a rutinas, a obligaciones e incluso a consumos tan internalizados que se presentan naturalizados, tal como sucede en las ficciones de Aira, Cohen y Rejtman.

El caso de Rejtman es significativo, pues en sus cuatro libros de cuentos –*Rapado* (1992), *Velcro y yo* (1996), *Literatura y otros cuentos* (2005) y *Tres cuentos* (2012)– el motivo de las pastillas siempre está presente: desde el Lexotanil en “Madrid es una mierda” y “Tiene que haber un mundo mejor”, ambos cuentos incluidos en *Rapado*, pasando, por ejemplo, por el Valium, el Meleril y el Rivotril en el film *Los guantes mágicos* (2003) o el Alplax que da título al primer relato de *Literatura y otros cuentos*, hasta la Buscapina del último cuento, “El diablo”, de su más reciente libro, *Tres cuentos*. Es decir, se trata de una poética que en una trayectoria de veinte años –entre la publicación del primer libro, *Rapado*, y el último, *Tres cuentos*– ha priorizado la forma cuento y, en ella, el tratamiento de ciertos motivos, como las discotecas, los perros, las motocicletas o, lo que nos convoca particularmente en este escrito: las pastillas. Sin embargo, en el desarrollo veremos que, aún dentro de la homogeneidad, la estabilidad y la “auto-lealtad” de la poética de Rejtman, resulta posible discernir distintas formas en las que se representa el consumo de fármacos.

Por lo general, la obra literaria y fílmica de Martín Rejtman es concebida por la crítica como quiebre frente a producciones anteriores y como exponente de nuevas formas de realismo (Speranza, 2005; Caresani, 2012) y de representación de la experiencia (González, 2010), además de resultar un exponente del Nuevo Cine Argentino (Aguilar, 2010). Sinninguna intención de clausurar el debate sobre el realismo y la representación de la experiencia, en este escrito pretendemos partir de la selección y la representación sostenida, en la narrativa de Rejtman, de una fracción de la realidad: la automedicación recursiva en la vida cotidiana. Podríamos reintroducir el problemático vocablo “realismo” para, al menos, concebir un realismo selectivo que identificamos en la narrativa de Rejtman y que ilumina un segmento específico de las vidas de muchas personas en el marco de un orden social signado por la preeminencia del Modelo Médico Hegemónico (Menéndez, 1990). Así, buscamos poner en cuestión el carácter presuntamente fútil de las representaciones de Rejtman o, al menos, de aquellas referidas a los procesos de automedicación. De manera que, a continuación, nos detenemos en distintas ficciones –literarias y fílmicas– de Rejtman y sus particulares formas de representar el consumo de fármacos.

Desarrollo

Proponemos pensar la narrativa de Rejtman como representación del proceso de automedicación situado en un momento específico: el momento de ocio, de consumo. Entendemos la automedicación como “la decisión más o menos autónoma de utilizar determinados fármacos para tratar determinados padecimientos sin intervención directa y/o inmediata del médico o del personal de salud” (Menéndez, 2003: 199). Esta decisión no refiere solo al consumo de fármacos sino a otro tipo de sustancias –infusiones de hierbas, alcohol, marihuana– que son usadas por los sujetos con autonomía relativa para actuar respecto de sus padeceres o para estimular determinados comportamientos (Menéndez, 2003).

El cuento “Alplax”,¹ el primero de *Literatura y otros cuentos*, puede considerarse bajo esta óptica. El título del cuento y la primera oración nos introducen en una narración vinculada al tiempo de ocio, más que del trabajo: “Ana toma media pastilla y se acuesta sobre el acolchado de su cama sin intenciones de dormir” (2005: 9). Ya el título del relato nos advierte sobre uno de los eslabones que constituyen la cadena de acciones de los personajes del cuento, con rutinas cuyo sentido se configura y acaba en la misma práctica. La práctica

¹Alplax es un nombre comercial de la droga Alprazolam, que se emplea para tratar problemas de ansiedad.

recurrente e interiorizada se inscribe en el ciclo vital alienado de los personajes de Rejtman. Ana no ingiere una pastilla porque se sienta mal, sino que simplemente lo hace y, en ese mismo acto, se agota el significado de su acción o al menos se agota desde la perspectiva individual de la persona.

Las ingestas de Ana se narran en conjunto con otras actividades propias del tiempo libre: juntarse con amigas y amigos, ir al cine, ir a la discoteca, fumar o tomar cerveza. A esto se suma la fijación del narrador en ciertos detalles que podríamos considerar banales, como una mancha en el cuarto de Ana: “Hay una mancha de humedad en una de las esquinas y tres o cuatro estrellitas adhesivas plateadas pegadas al techo que venían con el departamento y nadie se molestó en sacar” (2005: 9). La modalidad de la ingesta tiene sus particularidades, como cuando Ana muele seis pastillas y las mezcla en la preparación de un licuado de banana para ella y sus amigas. Pero, en este cuento, Ana no ingiere una pastilla porque se sienta mal, sino que simplemente lo hace y el relato no deja ningún hueco para entrever el sentido de dicho consumo. Se trata, en efecto, de una experiencia inaccesible (González, 2010), una práctica opaca de automedicación; resulta imposible pensar en una aproximación weberiana para restablecer el sentido de dicha acción.²

Sin embargo, no todos los procesos de automedicación resultan inaccesibles para el sentido en la narrativa de Rejtman, no todas son “acciones inconsecuentes, sin ningún vestigio de psicología” (Speranza, 2005: 9), no todos sus personajes son “actantes despojados de volumen interior” (Caresani, 2012: 122). En el film *Los guantes mágicos*, dos años anterior a la publicación de *Literatura y otros cuentos*, también apreciamos una compulsión a la automedicación por parte de uno de los personajes, Cecilia. La representación del proceso varía respecto a la de “Alplax”, pues en este caso podemos identificar dos motivos por los que Cecilia consume pastillas; por un lado, la ruptura de su relación amorosa con Alejandro y, por el otro, el diagnóstico informal de un estado depresivo que le asigna Susana –que no es médica, sino agente de viajes–:

SUSANA

Tenés los ojos llorosos.

CECILIA

²En el cuento “Tiene que haber un mundo mejor” hay un párrafo similar pero, en este caso, aún sin que haya una explicitación del flujo de conciencia del protagonista, sí podemos ver que la ingesta de pastillas se vincula al insomnio debido a una obra en construcción: “Dormí sin sueños. No más de tres horas, porque a eso de las nueve los obreros de la obra de al lado empezaron a picar ladrillo y eso me despertó. No pude volver a dormirme. Desayuné y me tomé un lexotanil. Como no pasaba nada, me tomé otro y media hora después otro más. Me levanté de la cama y comí galletitas de agua. Entonces dormí diecisiete horas seguidas” (Rejtman, 1992: 96).

No es nada. Se me llenan de lágrimas por cualquier cosa. Debe ser una alergia, o algo así. Tener los ojos llenos de lágrimas para mí no significa nada.

SUSANA
(Le sonrío).

Estás deprimida.

CECILIA

No, no estoy deprimida.

Susana le pone cara de no creerle.

SUSANA

Decime una cosa...

CECILIA

Sí...

SUSANA

¿Por qué fue que se separaron?

CECILIA

Nos separamos, no sé.

(Rejtman, 2014: 173)³

Más allá del humor que este tipo de escenas puede suscitar en el espectador, no deja de resultar llamativa la asignación de un estado de salud que se define en una interacción social que no involucra a un médico profesional. En este sentido, recordemos que Szasz entiende la medicalización como una estrategia semántica y social, nimédica ni científica, que abarca a la población en su conjunto (Szasz, 2007).

En principio Cecilia reniega del estado de salud que Susana identifica en ella, aunque al final se resigna:

CECILIA

Te dije que no estoy deprimida.

SUSANA

¿Con esa cara me vas a decir que no estás deprimida?

CECILIA

³Para las citas de diálogos y frases de *Los guantes mágicos* nos servimos del guión de la película publicado junto con los de *Rapado* y *Silvia Prieto*.

Ya te expliqué, se me llenan los ojos de lágrimas por cualquier cosa, buena o mala, y me quedo congelada en una especie de estado de melancolía. Eso no quiere decir que esté triste. Es solamente un poco de agua en los ojos.

SUSANA

Ahí está, de tanto estar en ese estado melancólico se ve que bajaste y te agarró la depresión. Entonces tu depresión es orgánica. Bah, es una depresión de origen emocional que ahora se convirtió en orgánica.

Cecilia, con los ojos llenos de lágrimas, está por contestarle algo pero se resigna, suspira, y no dice más nada.

(Rejtman, 2014: 174)

En una escena casi siguiente, en un encuentro con Alejandro, Cecilia finalmente asume como propia la depresión: “Estoy deprimida” (2014: 175). Más adelante le comunica a Susana: “No sé qué voy a hacer hoy, tengo todo el día por delante y después la noche y después, mañana viene otra vez el día siguiente, todo empieza de nuevo” (2014: 182). La falta de sentido que asume Cecilia contrasta con la ausencia de motivaciones y las prácticas opacas que encontramos en “Alplax”. De este modo, cuando se conoce en el parque con Daniel, un paseador de perros, conversan sobre los efectos de los medicamentos pero también sobre los motivos:

PASEADOR

¿Qué tomás?

CECILIA

Alplax.

PASEADOR

¿Y lo bajás así, sin líquido? Yo estoy con Meleril. Me parece que me deshidrata un poco, me seca la boca completamente.

CECILIA

Nunca lo probé.

PASEADOR

Antes estaba con Valium, pero es un relajante muscular únicamente. No te toca acá.
(Se señala la cabeza).

CECILIA

Ahá.

PASEADOR

Lo bueno del Meleril es que te baja la paranoia. Ahora estoy mejor, lástima que me seque tanto la boca. Me da una sed tremenda.

[...]

CECILIA

¿Lo tuyo qué es, orgánico o emocional?

El paseador se demora en contestar porque está tomando agua.

CECILIA (CONT'D)

La depresión, digo.

PASEADOR

Nooo, lo mío es cien por ciento emocional. No jodamos. Si tuviera algo que ver con lo orgánico te juro que me mato. ¿Lo tuyo?

CECILIA

¿Lo mío? Eeh, emocional. También emocional cien por ciento, por supuesto.

El paseador vuelve a agacharse para tomar más agua.

PASEADOR

(Se limpia la boca con el puño).

Es el Meleril ése. ¿Vos por qué tomás Alplax?

CECILIA

Me lo aconsejó la persona que me diagnosticó la depresión.

PASEADOR

¿Psiquiatra?

CECILIA

No, agente de viajes. Primero me recomendó un spa en Brasil. Fui, pero volví peor que antes. Te tratan como bebé, te hacen sentir que no servís para nada. La mayoría va para bajar de peso. Como lo del spa no funcionó, esta mujer me consiguió unas recetas de Alplax para ver si así mejoraba.

PASEADOR

Es benzodiacepina modificada con un componente antidepresivo, igual que el Alprazolam o el Xanax ese, que ahora están tan de moda. ¿Y con el sueño cómo venís?

CECILIA

Tengo insomnio.

PASEADOR

Yo también. Podríamos salir una de estas noches. ¿Qué te parece?

(Rejtman, 2014: 183-4)

En *Los guantes mágicos* las prácticas no parecen tan opacas, tan inaccesibles, y tenemos, desde un enfoque micro-sociológico, una suerte de “vuelta weberiana” por el sentido, ausente en “Alplax”. En este último diálogo citado tenemos una interacción social en la que se hace muy patente la posibilidad de concebir la medicalización como un proceso social semántico en el que participan no solo los especialistas sino también los legos, quienes se apropian de las formas de nombrar, sentir y justificar del discurso médico.

A su vez, Susana recibe una suerte de retorno culposo por el proceso semántico que desencadena. En una conversación con Alejandro, le dice: “Me preocupa Cecilia. Me llamó el otro día para pedirme más recetas[...]. La verdad es que me siento una traficante. Quién sabe lo que estará tomando”(2014: 186). Lamenta saber que Cecilia combina pastillas y alcohol: “¡Yo la convencí de que estaba deprimida! ¡Yo le di la primera receta de Alplax! ¡Yo le enseñé lo que es un happyhour!” (2014: 190).

Por último, “Este-oeste”, “Eliana Goldstein” y “El diablo”, las historias que componen el último libro de Rejtman, *Tres cuentos*, continúan con las representaciones de procesos de automedicación. Si bien la poética del escritor, sus estilos, temas y motivos se mantienen, estos procesos están dotados de sentido, aunque podemos identificar una suerte de exceso en la práctica derivada de dicho sentido. En “Este-oeste”, el padre de Lara rutiniza al extremo el uso de la medicina y las instituciones médicas; el protagonista de “Eliana Goldstein” consume marihuana como antídoto frente a la molestia que le produce el vecino del piso de arriba con sus largas prácticas diarias de piano –y también consume ansiolíticos que le roba al padre–; el padre de Azul, en “El diablo”, ante una alergia en principio sencilla, acaba completamente abocado a combatirla con medidas extremas –abandono del trabajo, encierro hermético en su cuarto, búsqueda compulsiva de curas en Internet–.

Por lo tanto, insistimos en que la opacidad de las prácticas del consumo de pastillas, como sucede en “Alplax”, no es una caracterización generalizable a toda la narrativa de Rejtman. En *Rapado* tenemos dos cuentos en los que, como lectores, nos es posible reponer una causa para la ingesta de Lexotanil –aunque en “Madrid es una mierda” resulte más clara que en “Tiene que haber un mundo mejor”–. Mientras que, en los relatos de *Tres cuentos*, podemos identificar una motivación explícita de los procesos de automedicación de los personajes.

Como decíamos, más que de prácticas opacas, en los últimos cuentos de Rejtman podemos pensar en sentidos definidos y “razonables” pero que derivan en prácticas exageradas, “desviadas”, en apropiaciones de los dispositivos médicos que causan gracia. Así

sucede con el uso “placentero” de la medicina en “Este-oeste” por parte de Julio, el padre de Lara, que a continuación citamos *in extenso* para apreciar el desarrollo de un ridiculizado y caricaturesco proceso de automedicación:

[...] Ya desde el primer año de casados, dice Alicia, ante cualquier molestia Julio iba a la farmacia de la otra cuadra y se tomaba la presión. Muy pronto, con o sin molestia, tomarse la presión se convirtió en rutina, primero todas las semanas, después día por medio, y al final como mínimo dos o tres veces por día. Así empezó a visitar las guardias como otras personas van a lo de sus amigos, a autorrecetarse antibióticos por cualquier cosa, a internarse unos días en una clínica por si acaso. Las vacunas eran una necesidad física, decía, “como el hambre”. La antitetánica se la había dado siete veces el mismo año. Cada inyección hacía que las células se pusieran en movimiento, sentía los glóbulos rojos, los glóbulos blancos, decía que podía distinguirlos, hasta contarlos, si quería. Le cambiaba la energía del cuerpo. No era un hipocondríaco, nunca tuvo miedo a morir, de hecho se alegraba de necesitar atención médica, decía que estar internado para él era lo mismo que una temporada en un *all inclusive* para otra gente, porque uno se pasa el día sin hacer nada y le dan de comer. Después vinieron las operaciones, la primera de apendicitis y una cosa llevó a la otra. Se convirtió en experto en exprimir al máximo a las prepagas. Empezó a estudiar medicina por su cuenta, pidió el programa en la facultad, compró libros, hizo consultas. Sacaba turnos con médicos para conversar, únicamente. Orgullosa, decía que ninguna de sus operaciones había tenido motivos estéticos. En el trabajo también estaban hartos de él, porque pasaba por lo menos un tercio del año con parte de enfermo. (Rejtman, 2012: 28-9)

Como vemos, este largo párrafo representa el proceso de automedicación llevado al absurdo: rutinización de visitas a la farmacia y a consultorios médicos, automedicación, operaciones e incluso una inmersión en el estudio de saberes médicos; y todo bajo el significado de un proceso placentero: una internación como equivalente de una estancia en un hotel *all inclusive*.

También en el mismo libro nos topamos con las exageradas medidas del padre de Azul,⁴ en “El diablo”, ante su estado de alergia ocasionado por el polen:

[...] No era demasiado grave, siempre había sido muy alérgico y en primavera su condición se agudizaba. Este año era peor. El contacto con la naturaleza lo tenía con ataques de tos y estornudos, ojos irritados y un nudo en la garganta durante todo el día. Se sentía perseguido. Habían probado todo tipo de tratamientos, tradicionales y alternativos, dosis altas de antihistamínicos, corticoides, homeopatía, acupuntura, vitaminas y reforzadores del sistema inmunológico, pero nada parecía hacer efecto. Mejoraba únicamente cuando se quedaba adentro de la

⁴Resulta al menos curioso un llamativo factor común de *Tres cuentos*: son los padres de cada uno de los protagonistas de los cuentos quienes pasan por un proceso de automedicación.

casa con las ventanas bien cerradas. Era el polen que sobrevolaba las praderas florecidas [...]. Azul se encontró con el padre aislado en su cuarto en una especie de cuarentena, las ventanas y puertas herméticamente selladas con burletes recién instalados. Pasaba horas en Internet buscando averiguar si existía alguna manera casera de monitorear el polen adentro de la casa, y cuando no estaba *online* pensaba en la llegada del invierno, sabía que iba a revivir en el momento del frío y las plantas en suspenso. (Rejtman, 2012: 226-7)⁵

Así, a partir de los últimos cuentos de Rejtman, podríamos pensar una clasificación que marque tres variantes sobre las formas de representar la automedicación: como práctica opaca (“Alplax”), como práctica lacónicamente explicada (“Tiene que haber un mundo mejor”, “Madrid es una mierda”, *Los guantes mágicos*) o como práctica absurda a partir de un sentido “razonable” (“Este-oeste”, “El diablo”).

Sin embargo, las prácticas exageradas a partir de hechos cotidianos –con una consecutiva e inevitable carga de humor para el lector– que encontramos en algunos pasajes de *Tres cuentos* no suponen, para los personajes, formas de sentido igualmente desmedidas. (como vimos, el sentido “normal” que Julio halla en su uso excesivo de la medicina). De manera bastante atinada, podemos aplicar a *Tres cuentos* lo que Speranza sostenía sobre *Literatura y otros cuentos*: “No hay significación oculta, promesa de un sentido lejano, sino apenas una significación inmediata, muda y anodina” (Speranza, 2005: 10). En todo caso, efectuamos un reparo a la afirmación de Speranza: la significación del mundo sí supone una forma de verlo e interpretarlo de manera inmediata, pero no necesariamente muda, silenciosa. Las acciones de los personajes de Rejtman “hablan”, hablan de ellos mismos y sus relaciones. En esta dirección, en la búsqueda de una caracterización de la narrativa de Rejtman, sugerimos inclinarnos por otra de orden etnometodológico,⁶ pues el sentido es inmediato pero no mudo o inaccesible: está en las propias prácticas de los personajes.

Conclusiones

En este escrito vimos que, aún dentro de la homogeneidad, la estabilidad y la “auto-lealtad” de la poética de Rejtman, resulta posible discernir distintas formas en las que se representa el consumo de fármacos. Partimos de una concepción de la automedicación

⁵ En uno de los cuentos de *Rapado*, “Núber”, está presente el polen como causante de estornudos, según Ana le dice a Beatriz (1992: 19), y los procesos de medicación también encuentran sentidos posibles, como el protagonista de “Madrid es una mierda”, que toma Lexotanil y CalmForté específicamente para combatir el insomnio.

⁶Ver Garfinkel (2006).

referida en parte al consumo autónomo de ansiolíticos, antibióticos o psicotrópicos, con la intencionalidad de tratar determinados padecimientos (Menéndez, 2003).

Esbozamos una clasificación que marca tres variantes sobre las formas de representar la automedicación: como práctica opaca (“Alplax”), como práctica lacónicamente explicada (“Tiene que haber un mundo mejor”, “Madrid es una mierda”, *Los guantes mágicos*) o como práctica absurda a partir de un sentido “razonable” (“Este-oeste”, “El diablo”).

Bibliografía

- Aguilar, Gonzalo (2010). *Otros mundos: un ensayo sobre el nuevo cine argentino*. Buenos Aires: Santiago Arcos editor.
- Caresani, Rodrigo (2012). “Nuevos realismos en la escena literaria argentina: Fabián Casas versus Martín Rejtman”. *Texturas. Estudios Interdisciplinarios sobre el Discurso*. 111-128.
- Foucault, Michel (1977). “Historia de la medicalización”. *Educación Médica y Salud*, Vol. 11, N° 1. 3-24.
- Garfinkel, Harold (2006). *Estudios en etnometodología*. Barcelona: Anthropos.
- González, María Fernanda (2010). “Martín Rejtman: la representación de la futilidad de la experiencia cotidiana en la década del 90”. *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.
- Menéndez, Eduardo (1990). *Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica*. México D. F.: Alianza Editorial Mexicana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- ___ (2003). “Modelos de atención de los padecimientos: de exclusiones teóricas y articulaciones prácticas”. *Ciência & Saúde Coletiva*, Vol. 8, N° 1, pp. 185-207.
- Rejtman, Martín (1992). *Rapado*. Buenos Aires: Planeta.
- ___ (2005). *Literatura y otros cuentos*. Buenos Aires: Interzona Editora.
- ___ (2012). *Tres cuentos*. Buenos Aires: Mondadori.
- ___ (2014). *Rapado. Silvia Prieto. Los guantes mágicos*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Speranza, Graciela (2006). “Por un realismo idiota”. *BOLETIN/12 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*. Rosario.
- Szasz, Thomas (2007). *The Medicalization of Everyday Life*. Nueva York: Syracuse University Press.